
CAPITULO LXIX.

ESPERANZAS Y TEMORES.

Días 25, 26 y 27 de Octubre.

Ninguna noticia lo desmiente; París ha tomado la actitud digna de la capital del mundo. La antigua Babilonia coronada de flores, hoy se corona de cañones. Su embriaguez se ha convertido en el nervioso arrojamiento del heroísmo. No hay más que un pensamiento, la defensa; no hay más que un deseo, el combate. De vez en cuando los globos se elevan, hienden los aires, pasan por encima de las líneas prusianas, y nos traen las cartas de los sitiados, cartas llenas de aliento y de esperanza.

Yo recibo muchas escritas por amigos fieles que se acuerdan de mí, sabiendo cuánta será mi ansiedad, mi anhelo por la gloriosa capitalidad de la República francesa. En todas estas cartas, dictadas por el más puro patriotismo, centellea el fuego de la libertad. El sitio de París es la redención de la gran ciudad. Tras veinte años de fiesta, de lujo, de embriaguez, viene esta época de expiación y de penitencia. Pero tras esta época vendrá necesaria é indispensablemente la resurrección

de París, que llevará sobre su frente su alma y sobre su alma la idea de nuestro siglo.

La sedición con que Bismark contaba no ha sobrevenido. Algunos impacientes que toman la fiebre por la vida han deseado empeñar una batalla por la elección del ayuntamiento de París. No quieren convencerse que el escollo de la democracia es la demagogia. No quieren convencerse de que la libertad exige un amor puro, sosegado, constante, el amor de toda la vida, y no el delirio de un minuto. No quieren convencerse de que la utopía en las conciencias, el desorden continuo en las calles, las divisiones internas, el combate entre hermanos, prepararon el golpe mortal del 2 de Diciembre y trajeron la muerte de la República.

Días 28, 29, 30 y 31 de Octubre.

Blanqui ha vuelto del destierro sin aprender nada y sin olvidar nada. Parece que el tiempo pasado ha sido un solo día. Tiene la misma inexperiencia, el mismo desasosiego que en 1848. Delescluze, escritor insigne, republicano austero, periodista de gran ner-

vio, hombre de un carácter elevadísimo, tiene el grave, el gravísimo defecto de consumir su vida en lucha con los amigos de la República. Félix Pyat es la inspiración, es la elocuencia, es el sentimiento, es el ideal de la democracia, personificados en su genio de escritor, que conmueve y arrebató. Pero no comprende que la sociedad no ha estado sino transitoriamente en la trípode, y no podría resistir largo tiempo el *delirium tremens* de la pasión sin espirar de cansancio y de agotamiento. Flourens sabe pelear y morir. Es un héroe. Las grandes ideas le poseen, las grandes causas le entusiasman. La libertad le cuenta entre sus combatientes siempre, y quizás le contará mañana entre sus mártires. Pero ignora que puede matar esa querida libertad ahogándola en sus brazos. Ledru-Rollin, el gran tribuno, que debía quedarse en sus recuerdos como en fuerte seguro, del cual descenderá á ser uno de los primeros, sino el primero entre los hombres de la República, forma con los impacientes, con los apasionados; gran desgracia para él, pero mayor todavía para Francia.

Días 1 y 2 de Noviembre.

Lord Grandville se ha dirigido á las potencias beligerantes exigiéndoles un armisticio como preliminar de la paz. Pero ¿cuál es el pensamiento de lord Grandville? Si las potencias beligerantes le desairan, ¿se contentará con una protesta diplomática, con exigirles la responsabilidad moral ó echará en este tremendo conflicto el peso de su fuerza, de su incontrastable fuerza? No lo sabemos. Hace pocos días proponían varias asociaciones, de esas que tan poderoso influjo tienen sobre la opinión del pueblo inglés, al gobierno la intervención por la paz. Y el gobierno respondía que no estaba decidido á presentar proposiciones á los beligerantes, hasta no tener la seguridad de que podía sostener estas proposiciones con algo, si no más grande, más eficaz que su autoridad moral. Supongo que reconocerá esta eficacia en la fuerza. ¿Se

halla decidida Inglaterra á emplear la fuerza para traer la paz? Yo creo que no.

Dicen otros que la paz será el resultado del largo viaje diplomático que Thiers ha emprendido y terminado por las capitales de todas las grandes potencias europeas. Periódicos hay, como *El Diario de San Petersburgo*, que invitan al estadista francés á la publicación de sus impresiones políticas y á la terminación de su viaje por una visita al campo de Bismark. Esto es puramente imposible. ¿Qué título llevaría al campo enemigo Mr. Thiers, para terminar allí su viaje? El título de enviado del gobierno francés no puede invocarlo cuando el gobierno francés ya no quiere más relaciones con Bismark que la guerra. Se concibe que una gran potencia intervenga y que Francia atienda á su intervención amistosa; pero no se concibe que el gobierno francés vuelva á hablar de paz por boca de sus embajadores mientras hablan sus fuertes por la boca de sus cañones.

Días 3 y 4 de Noviembre.

Las noticias de paz corren y se divulgan con tanta celeridad, que toda la prensa extranjera viene llena de las supuestas proposiciones de Bismark. Periódico hay que alaba su moderación. Estas proposiciones son: indemnización de dos mil millones de francos, neutralidad garantida de Alsacia y Lorena por diez años. Al cabo de este tiempo decidirían por plebiscito ambas provincias de sus propios destinos; de su anexión á Francia ó de su anexión á Alemania.

Yo creo que jamás consentirá Francia en tales proposiciones de paz. Renunciar á Alsacia y Lorena, siquiera sea condicionalmente, es un sacrificio que el pueblo francés no puede aceptar. Está convencido de que las dos provincias son francesas por sus sentimientos y por sus ideas, aunque sean alemanas por su sangre. Está convencido de que grandes escritores á quienes debe mucha gloria moral, y grandes industriales á quienes debe muchas riquezas materiales, hijos de

esas provincias, son también los hijos predilectos de la madre Francia. No puede, no quiere á un sacrificio tan costoso resignarse cuando todavía está de pie París, y todavía puede batallar con ardimiento, morir con gloria, desaparecer de la tierra, pero sin consentir jamás en su deshonra.

Hay quien supone á Bismark capaz de tratar con Bazaine, y á Bazaine capaz de oír las proposiciones del implacable enemigo de su raza. Pero Bazaine sabe en Metz que Francia entera ha proclamado un gobierno republicano. Sabe que este gobierno ha sido aceptado

por su patria y reconocido por las potencias extranjeras. ¿Querrá él erigir su espada en autoridad suprema y trazar con su espada límites á los derechos de sus conciudadanos? El ejército que no ha servido para salvar á Francia ¿servirá sólo para perder la República? Imposible creer que Bazaine cometa esa felonía. Si tal sucediese hasta el suelo francés, de horror estremecido, arrojaría de su seno al felon capaz de tal infamia. Esas armas que se han embotado en la coraza del enemigo, ¿no guardarán su filo para herir el corazón de la patria?

CAPITULO LXX.

PELIGROS DE UNA PAZ DESHONROSA.

Días 5 y 6 de Noviembre.

La verdad es que en esta cruel guerra han caído el Imperio y el ejército en Francia. A la severa disciplina alemana el ejército francés ha opuesto un desorden, una anarquía, una desobediencia que explican sus inenarrables derrotas. El ejército reclutado por quintas, mantenido aparte de la sociedad, consagrado á oprimir, puesto sobre todas las instituciones porque tiene la fuerza, no puede continuar ni en Francia, ni en los demás pueblos de Europa. Es necesario, si queremos ser demócratas de veras y no de nombre, es necesario que el ciudadano se decida á sostener su derecho y el derecho de los demás con sus armas, á ser soldados como en Suiza. De todos los generales Bazaine sólo queda en pié. De todos los cuerpos de ejército sólo el ejército de Metz ha conservado su honra y su gloria. ¿Irá también á manchar sus blasones?

Cuando yo veo el ejército francés, roto, destrozado, una parte de él tendido en los campos, otra parte prisionera en extrañas

ciudades; su antigua gloria, eclipsada, su nombre perdido; y recuerdo aquella siniestra noche en que asaltaba una Asamblea, y desahacia una República, y dispersaba los representantes del pueblo, y rompía con sus bayonetas la cátedra de Quinet, la tribuna de Víctor Hugo, el corazón de Baudin, alzo involuntariamente los ojos al cielo y veo centellear sobre el sol y sobre los mundos la justicia de Dios.

Francia, entregada á un Emperador y á un ejército, no ha podido todavía salir de su asombro, ni resignarse á su derrota. En su desesperación quisiera una victoria que terminara esta campaña de desastres. Así es que los ánimos más fuertes y más decididos no quieren la paz temiendo que el estado moral de Francia, su decaimiento, su vergüenza influyan en la suerte de sus instituciones republicanas. Varios consejos se han celebrado en la residencia del Gobierno y á ellos ha asistido Thiers. Dos partidos han brotado desde luego en el Consejo. Un partido quiere la paz, otro la guerra. Cremieux es el

más decidido por una solución pacífica y Gambetta el más decidido por la actitud guerrera. El joven ministro del Interior no quisiera que las hostilidades se suspendieran sin que el pueblo armado diese una muestra de su inmensa superioridad sobre el antiguo ejército. Gambetta no quisiera tampoco que Francia quedara bajo el peso de un tristísimo recuerdo. Gambetta teme que París no acepte de grado una paz venida de Inglaterra y negociada por el jefe de los orleanistas. Hay algo de incierto, de triste, de tenebroso en esa paz. Y yo temo, lo temo y me angustio, que de la paz con el extranjero resulte la guerra civil en Francia.

Días 7 y 8 de Noviembre.

La frase de Julio Favre está escrita en todos los corazones: «ni una piedra de nuestras fortalezas, ni una pulgada de nuestro territorio.» ¿Y cómo se resignará Prusia á una paz así? ¿Cómo se irá del suelo francés sin llevarse un trofeo de su victoria? Napoleón cayó en Sedan. El Rey de Prusia puede caer en Versalles, si está decidido á volver sin una señal de su victoria entre sus garras reales. Si el Emperador no es un ave de rapina ¿qué es el Emperador? Si á los pueblos esclavos no se les satisface con la conquista y la victoria ¿con qué se les compensará de su humillación y de su obediencia? Insuperables obstáculos opondrá la monarquía prusiana á la paz.

Pero los opondrá no menores la República francesa. Van las elecciones á verificarse con el suelo nacional ocupado, los ejércitos enemigos en torno de las urnas, los departamentos bajo el sable, la vida suspendida por el estado de guerra, y la ley velada por los estados de sitio.

Yo deseo la paz vivamente. En medio de estos prodigios de la industria, que exigen tanta fuerza, que mantienen la virilidad de las razas, y que llaman al combate de la vida no sé qué hacen los cañones de la muerte. Cuatro años há que en estas correspondencias consa-

gro todos mis pensamientos á maldecir la guerra. Pero temo hoy que una paz deshonrosa sea una paz precaria. Temo que Francia sólo acaricie una idea, un sentimiento, la venganza. Temo que esta idea la lleve de nuevo á velar la libertad y á establecer la dictadura. Me pesa como una losa de plomo sobre el cerebro, la preocupación del porvenir. ¿No podrán los elementos demagógicos sobreponerse á los elementos democráticos, en nombre de la honra francesa? Y el predominio de los elementos demagógicos ¿no podrá traer unas nuevas jornadas como las jornadas de Junio, y una nueva reacción como la reacción del Dos de Diciembre? Dios ilumine á la Francia.

Días 9 y 10 de Noviembre.

El Gobierno, en vista de que las elecciones distraerían los ánimos de la defensa, decide que se arrojen balas y no votos. En mi sentir decide bien. Las funciones de la vida social deben estar suspendidas, cuando se trata de averiguar si ha de ser ó no ha de ser una sociedad. Ahí, ahí está el problema, en la salvación de la patria. Los avanzados, los rojos fieles á sus tradiciones jacobinas, quieren que el Municipio de París se elija y que el Municipio elegido sea el Gobierno. Flourens le escribe una carta á Rochefort, diciéndole que si no aceptan sus compañeros esta proposición, deja el Gobierno. Rochefort responde que ni sus compañeros aceptan la proposición porque no creen oportuno distraer los ánimos con las elecciones, ni él deja el Gobierno porque no cree prudente provocar una lucha cuando el enemigo está á las puertas de París. Todo combate en estos momentos supremos sería un parricidio. Los franceses deben guardar avaros su sangre para verterla en aras de la patria y redimirla de la debilidad mortal que le ha traído el despotismo. Yo no conozco crimen mayor que un francés persiguiendo á otro francés, cuando Francia necesita la vida de todos sus hijos para no ser en el mundo moderno una segunda Polonia.

Allí no debe haber más que un enemigo, el extranjero, ni más que un pensamiento, la patria, ni más que un combate, la defensa, ni más que una idea, morir, morir sí, antes que consentir la caída de la República, que vuelve á ser la esperanza de la humanidad, ni la desmembración de la Francia, que después de libre volverá á ser como en sus días más gloriosos, la nación de las naciones.

El instinto social es muy seguro. París comprendió esto como lo comprenderán cuantos amen esa madre de nuestros corazones que se llama la patria, esa madre de nuestras ideas que se llama la República. Decidióse por el gobierno el aplazamiento de las elecciones y se envió en rápido globo aereostático

al fuerte, al enérgico Gambetta á decir esta nueva á toda Francia. A tales determinaciones del gobierno debía suceder y sucedió una manifestación, y manifestación armada. Los batallones de Flourens llenaron las cercanías del Hotel de Ville en son amenazador. Trochu salió montado á caballo, sereno entre tantos peligros, rogándoles, reconviniéndoles en nombre de la patria herida, de la patria moribunda. El buen sentido se sobrepuso á todos los sentimientos, la razón á todas las pasiones. La guarda nacional dispersó los grupos y se salvó el orden interior de París, y con el orden interior de París la honra de Francia, la autoridad de la República.